

## Cuatro amigos, un viaje

Decir de antemano, que todo lo relatado aquí se ajusta a la verdad. No hay exageración, ni invención. Solo la niebla del tiempo que, inevitablemente, empaña nuestros recuerdos puede haber introducido alguna pequeña fantasía u olvido. Pero doy mi palabra que tal como lo recuerdo, lo escribo.

Corría el año 1976. Con poco más de 20 años, poco dinero en el bolsillo, cuatro amigos, a los que llamaremos Pedro, Paco, Llorenç y Eduard, decidimos hacer un viaje por el pirineo francés y español. Un viaje de bajo presupuesto.

Decidimos ir por nuestra cuenta, en el coche de Paco, con tienda de campaña y, alternativamente, buscando pensiones económicas. Contábamos con dos conductores, el propio Paco y Pedro.

Si se nos presentaba alguna incidencia mecánica, mis compañeros confiaban en mí, el único que tenía conocimientos de mecánica. En realidad mis conocimientos al respecto se limitaban a saber cambiar una rueda y limpiar bujías y platinos (lo de encendido electrónico aun era una fantasía de ciencia ficción).

En su inocencia, mis tres amigos confiaron en mi y en lugar de llevar la habitual bombona de butano con su quemador, nos llevamos un malévolos invento, que yo había encontrado, consistente en un pote de "alcohol sólido", que se suponía haría las funciones de hornillo, con lo que el primer desastre estaba ya anunciado.

Nos habían informado que las cosas de comer y beber estaban algo carillas, así que hicimos aprovisionamiento de latas de conserva, donde no faltaban las consabidas "Fabadas" y "Callos", vamos comida "lite". También nos aprovisionamos de botellas de ron, ginebra y coca-cola (¡No nos podían faltar nuestros "cubatas"!).

El coche de Paco estaba lleno hasta los topes. En la maleta no cabía nada más y en el asiento trasero quedaba el sitio justo para Llorenç y para mi ya que parte de él estaba ocupado por sacos de dormir y otras pertenencias. Para tener música, llevábamos un reproductor de cassettes. Quienes sean de mi generación recordarán el famoso Philips, cuyo único mando avanzaba, retrocedía, ponía en marcha o paraba la cinta. Como el altavoz del mencionado reproductor era muy pequeño, llevábamos un bafle "Made in Casa" hecho de aglomerado. Total, nuestra imagen era francamente patética.

Embarcamos el coche rumbo a Barcelona y de allí salimos en dirección a Francia, hacia Perpignan, destino inexcusable y que debía ir acompañado de la correspondiente sesión de cine porno. Quienes hayan vivido esta época recordarán que la moralidad imperante e impuesta daba escaso margen para ciertas libertades. Tras cuarenta años de meapilas controlando nuestra moral, apenas se atisbaba el inicio de las libertades tras la muerte del general. Es el tiempo de las dobles versiones del cine español una más "tapadita" para el consumo patrio y otra más "descocada" para la exportación. Es el tiempo en que ser una mujer liberada era poco más que ir sin sujetador. Así pues ir a Persignan y disfrutar de una sesión porno era casi un acto de rebeldía y tenía el delicioso atractivo de lo prohibido. Hoy puede ser difícil de entender.

El sol de agosto nos acompañó durante todo el trayecto hasta la frontera. Pero fue cruzar esta y nublarse. Al poco rato caía agua a cubos. Nuestro inicio del viaje no podía ser más desastroso. Pero lo que no sabíamos es que iba a empeorar.

Con Perpignan ya a la vista, el motor empezó a hacer ruidos extraños y al poco se paró. Fuera la lluvia no cesaba, así que obviamos el clásico ritual de abrir el capo y quedarse mirando el motor como pidiéndole explicaciones (¡Todos lo hacemos!) y como aquello no tenía visos de cambiar, salimos y empezamos a empujar el coche. Fue una entrada triunfal, Paco al volante y nosotros tres empujando.

Por supuesto lo primero que hicimos fue buscar un taller. Con nuestro pobre francés y utilizando más las manos que la boca, le explicamos al mecánico lo que nos había pasado. El hombre se sentó al volante, le dio a la llave de contacto ¡Y el coche se pone en marcha sin ningún problema! No sabíamos si darle besos de alegría o emprenderla a patadas con el maldito coche.

Después de darle las gracias, decidimos que no estaba la situación para buscar un camping, así que decidimos buscar una pensión donde dormir. En el barrio antiguo encontramos lo que buscábamos, algo barato.

Nuevamente hicimos uso de nuestro particular francés para pedir habitación. El hombre tras mirarnos un momento, entre divertido y socarrón, nos dice en perfecto catalán *"I si parlem en catala ens entendrem millor"*, lo que por una parte era de agradecer, pero por otra acentuaba nuestro sentido del ridículo.

Nos dijo que podía darnos una habitación con dos camas de matrimonio y nos pareció bien (cualquier cosa mejor que una tienda montada en tierra fangosa). Nos acompañó. La habitación en cuestión estaba en el último de los tres pisos del edificio. Para llegar a ella tuvimos que recorrer varios pasillos que nos llevaban de un lugar a otro y varias escaleras. Era evidentemente una edificación antigua a la que se habían hecho múltiples reformas sin orden ni concierto. Cuando al fin llegamos, efectivamente la habitación contaba con dos camas de matrimonio, y un añadido. Un gran cubo estaba situado entre las dos camas pues la habitación tenía goteras. Pero teníamos sitio para dormir.

Una vez acomodados, nos dedicamos a hacer turismo. Después de pasear y tomar alguna cosilla, decidimos que era ya hora de "cumplir" con la tradición y buscamos un cine. Quizás lo más chocante y divertido era observar el ambiente. Solo se oía castellano y catalán, y en cuanto a los comentarios eran de lo más jugoso. Una vez terminada la sesión, la salida del cine daba directamente a un sexshop situado en la acera de enfrente, con lo que la jornada era completa.

Desde Perpignan emprendimos camino hacia Carcasone, una hermosa ciudad dicho sea de paso. Nada más llegar, esta vez si, buscamos un camping, donde nos acomodamos en una parcela junto a tres chicas que resultaron ser de Paris (mientras buscábamos donde quedarnos, Pedro, siempre ojo avizor, grito: "Allí, allí que hay chicas").

Las chicas, más previsoras que nosotros, llevaban ¡dos camping-gas!, a uno de los cuales se le rompió la cubierta de plástico del mando de la llama, lo que nos dio la ocasión para ayudar y entablar conversación. Al intentar calentar nuestras latas de

fabada, el invento del "alcohol sólido" demostró su total inutilidad. Afortunadamente pudimos pedir prestado uno de los camping-gas a las chicas.

Durante la tarde, Pedro propuso que, por la noche, las invitáramos a tomar unas copas. Estábamos bien provistos de existencias, así que según él la cosa prometía. Cuando volvimos al camping por la noche, les propusimos "hacer unos cubatas después de cenar", cosa que aceptaron gustosas.

Teníamos una botella grande de coca-cola a medias, a la que habíamos mezclado ginebra. Y con esa coca-cola ya alegrada, hacíamos los cubatas de ron.

Pedro tenía la esperanza de que el alcohol venciera las posibles resistencias de nuestras nuevas amigas, así que los cubatas fueron servidos generosamente. ¿Adivináis quien fue el único de los siete que acabo "pedo" perdido? Pues si, Pedro. Además, a medida que avanzaba la noche, las "fabes" empezaron a realizar su pernicioso efecto y aunque el cielo estaba despejado, parecíamos estar en plena tormenta eléctrica, los "truenos" se repetían una y otra vez. Las chicas, la verdad, se lo pasaron bomba y ante la insistencia de Pedro, entre carcajadas, le dijeron que las tres tenían la regla.

Al día siguiente, Pedro, entusiasmado con las perspectivas, nos propuso abandonar la ruta que teníamos pensada y dirigirnos hacia Paris, hacia donde volvían nuestras nuevas amigas. Tuvimos que hacer esfuerzos para convencerle de que ni disponíamos de tiempo para tal cambio, ni de espacio en un coche en el que a duras penas cabíamos los cuatro (ellas se movían haciendo autostop). Nos despedimos e iniciamos nuestro camino hacia Toulouse.

Nuevamente buscamos camping que encontramos en las afueras. Una vez montada la tienda y aligerado el coche, nos dirigimos a conocer la ciudad. Después de pasear y hacer algunas compras, nos paramos en un bar. Pedro nos consultó: *¿Cómo se dice agua con gas?* Sabíamos que para pedir agua debíamos pedir *de l'eau*, y que con es *avec*, pero *¿Cómo sería "agua con gas"?* Ni corto ni perezoso y con su habitual falta de vergüenza que le caracterizaba, le pidió al asombrado camarero *"de l'eau avec gas"*. Al observar la cara de incomprensión de aquel hombre, nuestro amigo sacó el encendedor y pulsándolo repitió: "Gas..gas..gas". El camarero reaccionó con entendimiento diciendo "¡¡Ah,... Vichiii!!

Teníamos el encargo de buscar unos discos que estaban prohibidos en España. Como estos temas a Pedro no le agradaban en absoluto, decidió repetir la experiencia de Perpignan y se buscó un cine, quedando en vernos más tarde.

Ya en el camping, nos hicimos amigos de los vecinos, hermano y hermana procedentes de Toulon, que estaban de vacaciones con su madre. Algo mayores que nosotros, el hermano parecía empeñado en "enroscarnos" a su hermana, cuyo acusado perímetro resultaba imposible de abarcar por uno solo de nosotros (con dos nos venía justo).

Por lo noche nos propuso bajar hasta el centro, diciendo ser buen conocedor de la noche de Toulouse. Se apuntaron a la excursión Paco y Pedro, este último con la esperanza de conseguir algo concreto. El encuentro con las tres parisinas y las dos

sesiones de cine habían alborotado sus hormonas. Partieron, pues los tres, el vecino por sus propios medios y nuestros amigos en el coche.

Salió el sol al día siguiente y nuestros dos compañeros no habían vuelto. Nuestra preocupación iba en aumento cuando reclamaron a Llorenç por megafonía. Poco después me explicaba que habían tenido problemas con el coche, que ya regresaban y nos lo contarían todo.

Su relato fue el siguiente: Una vez en Toulouse, resulto tener menos vida nocturna que la más pequeña aldea de la meseta castellana. Así pues, tras tomar un par de cervezas y un fracasado intento de Pedro con una "profesional" con más años que Matusalén, se despidieron de nuestro vecino y decidieron volver al camping. De repente oyeron sirenas y disparos. Tras el susto inicial y viendo pasar un coche a toda velocidad perseguido por otro de la policía, picados por la curiosidad, decidieron seguirlos. Pero al cambiar de dirección, se les caló el coche, negándose a ponerse en marcha.

Allí estaban tirados en medio de la calle cuando se paró un buen samaritano interesándose por su situación. Por señas y palabras le pidieron que les empujara. Dispuesto a ello, se dirigió a su coche con ánimo de situarse detrás del nuestro y darle un suave empujón. Cual sería su sorpresa cuando al intentar ponerlo en marcha tampoco pudo (¿Sería contagioso lo de nuestro coche?). Visiblemente cabreado, abrió la puerta con vehemencia, con tan mala fortuna que coincidió con el paso de un tercer implicado (¡Que además debían ser los tres únicos coches que circulaban a aquellas horas en todo Toulouse!). Ya son tres los coches parados y los dos franceses están en acalorada discusión. Nuestros dos amigos, sin necesidad de palabras, llegan a la misma conclusión: Se están rifando unas "hostias" y tienen todos los números. Así pues, procurando pasar lo más desapercibidos posible, empujan el coche hasta la primera bocacalle y desaparecen de escena.

Después de pasar una incomoda noche en los asientos del coche y tras pasar por un taller donde, incomprensiblemente, todo volvió a funcionar bien, regresaron al camping de donde partimos en dirección Lourdes.

En una localidad cercana a Lourdes, Pedro tenía familia. Nos paramos a saludar e insistieron en que fuéramos a cenar. La verdad es que la cena fue opípara, regada con buen vino y finalizada con un buen coñac del país. Tras despedirnos, nos fuimos al camping donde teníamos la tienda. Por la mañana pudimos comprobar que estábamos ya cerca de los pirineos y por tanto a mayor altura ¡¡El agua de la ducha salía helada!!

Después realizamos una excursión en dirección sur hacia un lugar llamado Pont d'Espagne, por desfiladeros y carretera de fuerte pendiente. En una especie de parador turístico, decidimos comer. Decidir sobre la carta era siempre una aventura, que solía salir bien. Aquel día, Pedro vio un plato que le llamo poderosamente la atención. No recuerdo concretamente el nombre, pero empezaba por cassoulet. No se porque razón se convenció que la base del plato era pato, y dispuesto a probar una rara especialidad pidió un entrante y la cassoulet de segundo. La mirada del camarero debería haberle hecho sospechar, pero el estaba demasiado entusiasmado. Cuando le sirvieron el segundo resultó ser una especie de fabada. Así pues, por la tarde, de regreso al camping, nos toco *"El concierto de Aranjuez para solo de trompeta"* acompañado de "suaves aromas".

Había llegado la hora de volver a atravesar la frontera, esta vez en dirección a España y a Pedro no le llegaba la camisa al cuerpo. Los discos que llevábamos por encargo hacían que nos viera a todos ya en la cárcel. Los metimos debajo de un asiento y unas cuantas bolsas encima y nos dirigimos a la frontera. En cuanto el policía se acercó, le abrimos nuestro atiborrado maletero, preguntándole, solícitos, si quería que lo sacáramos todo. Después de varios días de viaje, el interior de nuestro coche, y aunque no llevábamos queso, olía ligeramente a cabrales. El policía se acercó al maletero, arrugó la nariz y hechó visiblemente la cabeza hacia atrás. Seguidamente y sin más comentarios, nos indicó que siguiéramos. Pasada la frontera sin incidentes, nos dirigimos a Zaragoza.

En Zaragoza nos instalamos en un hotel baratito y realizamos la visita de rigor. Por la noche, Pedro, que seguía estando insatisfecho, decidió dar una vuelta por la "zona caliente" que cualquier ciudad que se precie de serlo debe tener y, como era el único interesado, fue solo. Al día siguiente supimos que su escapada había tenido tan poco éxito como la anterior. Debería esperar a nuestra próxima parada: Barcelona.

En Barcelona acabamos en una pensión de Las Ramblas, de módico precio y servicio de aventura incluido. Por las noches era como estar de safari: había bichos por todas partes. Además solo había un baño por planta en el pasillo. En la excursión hasta él podías encontrarte cualquier sorpresa. Así que la cosa tenía su emoción.

En la Ciudad Condal nos desperdigamos más. Llorenç había quedado con ex-compañeros de mili para ir a cenar, Pedro tenía en la ciudad un amigo casado y también quedo con la pareja para cenar. Tanto a Paco como a mi nos habían sobrado unas pelias y ambos deseábamos darnos un gustazo, así que nos fuimos a la casa gallega a por una mariscada.

En la pensión, teníamos dos habitaciones, Paco y Pedro compartían una, Llorenç y yo la otra. Nos retiramos sin tener noticias de Pedro, pero en previsión ya habíamos quedado en vernos por la mañana en el bar de abajo para desayunar.

Los primeros en bajar fuimos Llorenç y yo, y al poco rato se nos unió Paco. Este nos contó que de madrugada se había despertado encontrando a Pedro despierto, sentado en la cama, nervioso y fumando un cigarrillo tras otro. Al interesarse por lo que le pasaba, le había contado sus aventuras de la noche. Después de darnos cumplido informe, quedamos en hacernos los longuis y esperar a que fuera Pedro quien nos relatara lo acontecido. Este último no tardó en llegar, algo pálido, fundamentalmente por la falta de sueño. Bastó un "Pedro ¿Qué no te encuentras bien?" para que el hombre empezara a contarnos su historia.

Tal como nos había anunciado, salió a cenar con su amigo y la mujer de este. Después del restaurante, le habían llevado a un local con espectáculo en directo, con un escenario donde bailarinas con muy escasas ropas ejecutaban pasos de baile. Después del primer pase del espectáculo, sus amigos se habían despedido y marchado, pero el quedo para el siguiente pase. Imagino que los ojos debían salirse de sus orbitas y debía estar poco menos que babeando, porque al terminar el segundo pase, una de las bailarinas fue directamente a él diciéndole a ver si la invitaba a beber, cosa que por supuesto hizo inmediatamente. Y la bailarina pidió champagne (¡Menudo clavo le pegaron!). Como era de esperar, la chica le ofreció

sus servicios (2000 pelras, poco más de 100 € actuales, si tenemos en cuenta la inflación y los años transcurridos) que él aceptó, saliendo juntos del local en medio de variados epítetos que le dedicaron los demás concurrente del local que, evidentemente, sabían de que iba la cosa. Así que, colorado como un tomate (es de suponer) siguió a la moza hasta un hotel que ella conocía. Se sorprendió al pasar de largo la entrada. Ella le indicó en voz baja que darían la vuelta a la manzana pues había observado que les seguían unos tipos con pinta de ser de la secreta (policía) y era mejor asegurarse que no iban tras ellos y así evitarse problemas. A nuestro amigo ya le costaba tragar la saliva y a punto estuvo de ofrecerle el pago de las dos mil pesetas y salir por piernas, pero al final entraron en el hotel.

Terminada la faena, nuestro amigo se dirigió a la pensión, pero sus sobresaltos aún no habían terminado. Tres malas pintas parecían ir tras él, así que decidió que en lugar de quedarse a ver que pasaba, lo mejor era hacer el regreso en plan cien metros lisos.

Una vez en la habitación cabría pensar que podría relajarse. Pero nuestro compañero, en esas lides, tenía un curioso efecto rebote. Habiendo satisfecho sus perentorias necesidades físicas, le apremiaba una acuciante duda ¿Me habré contagiado de alguna enfermedad? Este era, y no otro, el motivo de su nerviosismo.

Habiéndonos puesto al día sobre sus cuitas, fue urgentemente al baño (cosa que repetía cada 20 minutos, media hora a lo sumo, para observar si detectaba alguna señal nefasta). Nosotros, como era de esperar, aprovechamos su ausencia para hacer nuestros comentarios, e indudablemente un ser maligno nos poseyó. La tentación era demasiado fuerte para no sucumbir a ella y organizamos nuestro plan. Mis gafas de concha, que me daban seriedad, mi cara de buen chico y mi afición a la ciencia me convirtieron en el candidato idóneo. Así pues cuando Pedro volvió, una frase como "Te encuentro pálido ¿Estás bien?" se convertía en una carga de profundidad que minaba su confianza. Después, un "¿Has notado algo extraño?" abría la puerta a todos los miedos. Daba igual cual fuera la respuesta. Un picor, calor, frío, cualquier cosa se convertía en un síntoma de peligro. Incluso la ausencia de síntomas era preocupante: que había notado algo (fuese lo que fuese ese algo), un fruncimiento de cejas acompañado por prolongado "Hummm...." Y seguido de un largo silencio disparaba todas las alarmas. Pero si no había notado nada diferente, una ligera oscilación de la cabeza acompañando un "No se... No se..." producía el mismo efecto. La cara de nuestro amigo parecía el arco iris: del colorado pasaba al amarillo, después al verde para volver al colorado sin olvidar el azul. Para nosotros lo más difícil era mantener la cara seria. Evitábamos cruzar nuestra mirada ante el evidente riesgo de estallar en carcajadas. Afortunadamente, durante todo el viaje de vuelta en barco, sus visitas al baño fueron habituales, lo que nos daba unos minutos para relajarnos. Estoy totalmente seguro de que nuestro regreso fue tan divertido para los tres como largo para Pedro.

Y así terminó nuestro accidentado viaje de vacaciones.